



HARAVI

Año VI

Lima, octubre de 1968

Nº 15

Director: Francisco Carrillo — Bolivia 174 — Chosica-Perú.

poesía de antonio claros

La felicidad juega a escondidas con mi paciencia. Hoy la he visto tan cerca de mí, brillando, rebotando en mi angustia. El tiempo es un aliado, éste va transfigurando si acierto en su pleno corazón, o si retrocedo nuevamente, con esa versión de agua contaminada o cerrada para su uso.

Mediante el final de este propósito, acaso pueda salvar mi apariencia.




Ciudad bien delineada que nos tocó vivir, la primavera del monóxido de carbono, los verdes campos y sus dinamitas; la muerte que ha subido de precio tan fácil, negociantes que suben sus toldos al anochecer, mientras se sabe que han hecho fortuna con el pobre de alas rotas.

(El día de este modo se apaga, pero nos hace mantener un cielo en nuestro dormitorio).

Si Ud. llega a divisar los primeros semáforos o bien camina sobre su calzada, no confíe de la propia miseria que se le presenta, ni de los muchos letrados que anuncian la paz para el turista, y sobre todo, no crea que Dios ha de bajar, a pesar de tantas injusticias cometidas.

HABAVI
Año VI
Director: Francisco Carrillo
Nº 12
Lima, de 1962



Después
de algunos
esfuerzos
en mi
desgracia,
detuve
esta
respiración;
pero
ocurrió
lo de
siempre,
que oscurece
la perfección
con que yo
la retenía.

La vida en común tiene el oficio
de perdurar en su repelencia,
todo ha sido un engaño se quejan
mirando el reloj burlón de las subsistencias;
las cosas transformadas en las ótras,
la historia que no participa de nuestros actos,
y el sentimiento que no es más
que una molestia sin precedentes.

Y es que a veces no necesito pedir más, no que
mis resoluciones sean precisas, no de aquello o de lo
otro; prefiero privarme antes que verme empequeñe-
cido por la nostalgia.

No necesito tomar otra actitud que la que preva-
lece de mis pasos, de mi tóxica dicha bajo lo prohi-
bido de mis alas o de la libertad de mis arrugas.

No necesito algo más que justifique mi existencia,
sino experimentar hasta qué punto le llega a mi som-
bra, la luz del amor; a ver los árboles crecer tocando
el cielo, lo demás que existe como fábula de espumas
o encantamiento en los lechos.

Para Wiston Orellana,
excelente poeta y amigo
con admiración y afecto
Antonio Clavf

No hay algo que se toque en su violación,
en su impiedad.

Se vive y se come una manzana
para seguir viviendo.

La necesidad es lo supremo o el trágico secreto de las cosas.

Los que viven todavía como en una película muda
o los que dirigen hacia lo más hermoso

en su detenimiento,

no pongan flores sobre sus pasos;

ni sientan esta necesidad de acumular provisiones
para cierta primavera.

Desde ese momento sujeté bien los estribos. Luego
descansé mansamente guardando fuerzas sobre el
césped. Decididamente ahora me gustaba vivir. No me
importaba la palabra felicidad. Había comprendido
que cicatrizaba las heridas en los delicados contactos.

Yo toqué
con tal
desesperación,
la puerta
del amor,
del tiempo
y el agua:
Y todo ésto
nada más,
porque
quise reír
de cosas
que me afligían.

Desde que supe que era fuerte, indomable para las realizaciones sentimentales, tuve que transformar esa fuerza, que por suerte llegó a lo tímido. Esto obra en mí contra mi anterior fuerza; a veces la sangre acude al rostro en noticia de que lo vivo y ésta es mi coraza con que a todos recepciono. Pero sucede que me agobia que lo tímido sea también una barrera entre mi duda y el acto, entre el sueño y mi vida.

Esta es la época en que vivo asustado por los humanos, pero todo porque no entiendo bien el juego de calamidades. Será en vano mi esfuerzo en extorsionar al trueque de mercancías, ya que ignoro la injuria de las matemáticas. Sin embargo hay mercaderes que con gran naturalidad venden a sus hijas y a sus mujeres las hacen trabajar de rodillas, en un dulce oficio.

La verdad de la bondad no se conoce; en las iglesias o en los restaurantes de lenta muerte, se refugian los satánicos.

Se echa baba y baba sobre el tiempo.

Visité a mi amiga Malin, siempre tan adorable y purísima como el silencio. Me ofreció un contagio al pie de su casa, pero he aquí que era un hotel en ruinas y sin lugar para la vida, donde la primavera endurecía mis sentidos. La dejé obrar como a una gata, destrozando con sus intenciones suaves y su profunda indiferencia. Cosa curiosa: La asusté con mi overol manchado de amor, y le dije al instante que la amaba. Lo cierto es que la insistencia de todos mis necesarios impulsos, al final logró detener sus remos.

Esta vez, debí estar completamente conmovido, ya que jamás volví a verla.

Oh señora mía,
alta señora de mis juicios,
señora de mi amor,
en ti todo creo, en ti mi vida
ha terminado como los caracoles
en la arena, como el pequeño
zancudo en la luz;

decidme
reina señora mía, que estos engranajes
de cuando los carbones en mis pasos
anuncian esa lentitud náufraga;
no sean más que este
simple dolor de ser feliz, ya que la
arena de esta fuerza lo comprueba,
lo alienta,
que has de devorar otra vez
mi cráneo de trigo y de luceros.

Oh señora mía
por qué estar así golpeando el fondo mismo,
y he de esperarte como una asta
en el profundo vacío del parque;
por qué he de amarte así,
si no estás hecha para este fuego que me
nace en las manos;

Oh señora de mi ilusión
que mis salvajes perros no despedacen tu
magra cabellera,
que su ladrido no hiera
tus oídos como un presagio cada vez
más desesperante
en su tic tac, en su profunda agonía.

Había regresado del Cementerio. La razón de la materia en mis manos portaba flores. Estuve seguro de muchas cosas, pero no pude creer que aquí terminara el movimiento de la parálisis del temor voluntario. Acepté que la gente estaría dormida hasta el nuevo pitazo de la fábrica. La verdad está en eso. No cabe discusión, ni mucho menos darle vuelta al asunto.

Siempre tendré fe en la pulsera de amor, a la que me ato, en mis temores.

Las piedras chocan unas contra otras en el fondo del mar, del tiempo; el agua es una flor acostumbrada al escorpión del silencio. Se duda si habrá posada al otro lado del poniente, si el amor no será ya un sufrimiento que se pudre en una estrélla; si un pedazo de esfuerzo todavía salvará al hombre.

Oh muchacha de los baños puros, para la noche de los carbones, no obstante, duerme, duerme; mientras ésta sea la soledad, éstas sus astas para el corazón; el naufragio de tus pañuelos o mi tranquila luz posada en tus rodillas.

Has llegado oscuramente por los pájaros, a este lugar del cielo, donde nadie ha de comprar ya, en sus tiendas, arsénico de sueño; este es el merecido lugar de mi padre dormido en tu parto, a la intemperie de tu cuerpo que como una ola acaba.

Todos se preparan para la vida, para la guerra de intereses, nadie viene a mí, ya que carezco de preparación. El tiempo no permite que me vean, aquéllos que podrían conocerme y entablar algún negocio, ya que no convendría otro sueño en que ocupar la vida.

Pero algún día si me presentaran, por ejemplo, una vida que no me conociera existencialmente; le propusiera tantas cosas, que terminaríamos repelidos.

Sí, te he amado. Ahora que
la soledad es tiempo de relámpagos bajo el agua,
ahora que la lluvia tiene un rostro.
Sí, te he amado, ya no me escuches; porque todas
las puertas conducen a la ilusión y a la lejanía.

(Oh, carne cristalina de la noche,
no obstante, tu yerba he pisado).

Fue mi infancia
una mañana
llena de navíos,
una puerta
al mar
siempre cerrada.

(Oh dulce estación
donde la luna en mi
hombro no sabía men-
tir).

Fue mi infancia
mi primera dulce agonía,
fue todavía
sombras
de relojes mutilados,
una pequeña historia
de un vaso
con agua de sueño;
una inocencia fatigada
por la luz
de las flores,
un trozo de amor
por el que los
perros rabiosos
acometían en la aurora,

Ahora recuerdo:
La felicidad consistía
en dormir,
abandonarse;
era necesario
por lo tanto
caer,
caer en desgracia
y ser abatido
hasta por la dulzura.

Sí, dormir,
abandonarse
largamente sobre la arena
de la realidad,
en que se dejaba
una profunda huella fatigada.

Cuando niño
la playa
y el carnavalón
sacudían
mi alcoba:
Quiero
decir
que tenía
un fuerte
temor
a quedarme
dormido.

Antonio Claros, nació en Trujillo, en 1939. Estudia Educación en la especialidad de Literatura. En 1962 publicó Chloe en "Cuadernos de Hontanar".